

POESIA leída por el joven pasante D. Juan Villalón, alumno del instituto en la Academia de Jurisprudencia teórico-práctica.

..... *en vuestra mente*  
*Grabad esta verdad que os dan mis labios:*  
*Solo es feliz la patria de los sabios*

¿Quién de vosotros, quién, en este día  
No siente de alegría,  
Y de entusiasmo grato  
El pecho palpitar alborozado?

Oh! ¡cuál la dura pena  
Olvida el corazón reanimado,  
Y un sentimiento lato  
De inefable placer el alma llena;  
Al contemplar el cuadro interesante  
Que ofrece aquí la juventud florida  
De la alma ciencia y del progreso amante!

Cuál por mágico encanto se evaporan  
Las negras sombras del pesar odioso,  
Y en expansión dulcísima la mente,  
Del férvido idealismo  
Se abandona a la rápida corriente

¡Oh inspiración del cielo,  
Sublime inspiración! a mi descende  
En tu glorioso vuelo  
Arrebata mi espíritu y enciende  
En tu fuego sagrado el pecho mío,  
Para elevar mil cantos inmortales

Al genio de la ciencia prepotente,  
Que, destello de Dios, con luz más pura  
Que la del sol magnífico fulgura.

Al genio celestial, al almo genio,  
En cuyas alas de querub hermosas  
Se lanza el pensamiento,  
Y cruzando veloz las espaciosas  
Orbitas mil de rutilantes astros,  
Junto al trono de Dios pone su asiento:

El es quien en sus manos  
Maneja los resortes soberanos  
De la asombrosa máquina celeste,  
A cuyo mecanismo inalterable  
Su fuerte acción sujeta la natura;  
Y en el orden moral por inmutable  
Ley sacrosanta rige los destinos  
De la humana criatura.

El quien al grande Newton le prestara  
De la atracción los poderosos cables,  
Con que engrillando a los errantes astros  
La senda les marcara,  
Por la celeste esfera,  
De su gloriosa, perennal carrera:  
Y quien, legándole inmortal renombre  
Del prisma le descubre  
El mágico poder y allá su nombre  
En las nubes escribe con la tinta  
Con que el iris espléndido se pinta.

Por él, ardiendo en el amor sagrado  
De la patria, solícito se apresta  
A su defensa Arquímedes, armado  
De su terrible espejo;  
Y cual airado Júpiter flamante,  
Haciendo descender fuego del cielo,  
A la invasora armada pulveriza,

Y sus naves convierte en vil ceniza.

De su aliento vivífico, divino,  
Aspira Fulton animado soplo,  
Y en vapor convirtiéndolo, al inmenso  
Piélagos lanza la fogosa nave,  
Que, cual monstruo marino  
Las irritadas olas domeñando,  
Surca veloz el oceano extenso,  
Del aquilon el ímpetu burlando.

Morse a su inspiración arma ingenioso  
Los eléctricos hilos, y juntando  
Al oriente y ocaso, en confidencia  
Los pone y a su influencia  
Hace que desaparezca la distancia.

Y el inmortal Daguer, con admirable  
Perfección imitando a la natura,  
De lucida impresión al suave impulso,  
Deja estampado el tipo inimitable  
De los objetos, en el negro fondo  
De su cámara oscura.  
Y la paleta de Rafael, vencida,  
A la excelsa invención rinde homenaje  
De admiración debida.

¡Oh rayo animador! sacro destello  
De la Suprema Inteligencia! absorto  
Contemplo tu poder; y ya escuchando  
Las armoniosas notas de Rossini  
Que arrebatara el alma, o el acento  
Del dulce Byron, y el sublime canto  
Que inspirado de númen sacrosanto  
Carpio divino eleva majestuoso;  
Ora bien de Aristóteles juicioso  
O del gran Lamennais la voz sonora  
Oiga tronar, y en inmortal contienda  
Los contemple esforzados

Derribando el altar ennegrecido  
 De consagrado error; y el obstruido  
 Sendero amplificado  
 De la verdad, con la potente maza  
 De la lógica armados:  
 Mi espíritu anheloso se remonta  
 Del alto Pindo a la sagrada cumbre,  
 Para entonar de tu grandeza el himno;  
 Más hiriendo mis ojos de improviso  
 El rayo esplendoroso de tu lumbre,  
 Caigo ofuscado a tus excelsas plantas;  
 Y de santo terror sobrecogido,  
 Sello mis labios y el laúd olvido . . . . .

Jóvenes estudiosos que la senda  
 Seguis de un porvenir lleno de gloria,  
 En cuyos pechos sacrosanta llama  
 De patrio amor y libertad se inflama:  
 Seguid, seguid constantes  
 Empresa tan laudable, *en vuestra mente*  
*Grabando esta verdad que os dan mis labios*  
*Solo es feliz la patria de los sabios.*

Monterrey, Agosto 31 de 1861.

DISCURSO del Exmo. Sr. Gobernador, D. Santiago Vidaurri,  
que puso término al acto.

Señores:—¡Qué cuadro tan bello, qué espectáculo tan ameno el que estamos gozando, cuando en ambos domina exclusivamente la elocuencia patética del sentimiento nacido de la grandeza y fines de esta reunión! En ella no entra pequeñez alguna que la haga desmerecer; pues afortunadamente no celebramos esos acontecimientos que cuestan lágrimas y dolores, sino los progresos del talento y sus triunfos, la primera función literaria del Colegio Civil.

Tiene este en sí un carácter de elevación tal, es tanta su importancia y lo que el Estado se promete de dicho plantel, que nunca podría el Gobierno encarecerlo suficientemente. La distribución de premios que por mi mano ha hecho el Colegio a sus alumnos, compensando su aprovechamiento en el último año escolar, y estimulando así su dedicación al estudio, he aquí el todo de esta brillante solemnidad. ¡Pero qué todo, Señores, tan grande y halagüeño por su contenido. El encierra inmediatamente el porvenir de la generación que nos va a suceder, y por consecuencia el de aquellas que la reemplazarán después, según el orden que les ha fijado el Criador. Ahora bien; si la inteligencia ilustrada apoyándose en las eternas bases de la moral, es la que debe llevar el cetro de los destinos humanos como verdadera soberana, porque todo lo demás lejos de merecer este nombre, es digno de desprecio o de compasión; si también es la fuente de la venura y prosperidad de las naciones que saben cultivarla, razón tenemos para esperar del Colegio Civil un éxito de este género en bien de nuestro magnánimo Estado.

Dichosos nosotros que nos ha tocado realizar el pensa-